

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

COMISIÓN REDACTORA:

Abraham Chavarria,

Victor M. Jerez,

Horacio R. Jarquin,

ADMINISTRADOR Y EDITOR RESPONSABLE,

DOROTEO FONSECA.

TOMO I.—NUMERO 7.

SUMARIO:

- I. Editorial. — II Conquistas, por Arturo. — III Quejas íntimas (poesía), por doña Vicenta Laparra. — IV Juan (de Victor Hugo)*. — V Veritas Liberavit Vos (poesía), por Juan Fermín Aycinena. VI La lesión enorme, por Victor M. Jerez. — VII A Carmen, por Orión. — VIII Abismo. — IX La pluma azul, por M. Riquero de Aguilar. — X Imitación del Eclesiastés (poesía), por Rafael Núñez. — XI Júpiter Indegeta, por G. Ramírez. — XII Ayer y hoy (poesía), por Doroteo Fonseca. — XIII Mi amor á ella, por X. — XIV Notas. — XV Miscelánea.



SAN SALVADOR—IMPRENTA NACIONAL CALLE LA AURORA, 9.

Diciembre 20 de 1889.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA.

Presidente	D.	Fidel Antonio Novoa.
1 ^{er} Vocal	„	Nazario Salaverría.
2 ^o Vocal	„	Juan Mena.
Tesorero	„	Adrián García.
Fiscal	„	Fermín Bayona.
1 ^{er} Secretario	„	Abraham Chavarría.
2 ^o Secretario	„	Víctor M. Jerez.

SOCIO HONORARIO.

Doctor Don Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS.

Dr.	D.	Horacio R. Jarquín.		Br.	D.	Miguel Dueñas.
Br.	„	Rafael E. Chávez.		„	„	Francisco S. Rivas.
„	„	Esteban C. Roque.		„	„	Doroteo Fonseca.
„	„	Guillermo Parker.		Dr.	„	Federico Valenzuela.
„	„	Francisco Espinal.		„	„	Daniel Calderón.
„	„	Francisco Dueñas.		Br.	„	David A. Payés.
„	„	Lisandro Blandón.		Dr.	„	Francisco Martínez Suárez.

SOCIOS CORRESPONSALES.

Br.	D.	Salvador Flamenco.		Dr.	D.	Guadalupe Ramirez.
„	„	Adolfo Castro.		„	„	Rubén Rivera.
„	„	Baltasar Parada.		„	„	Abraham Rivera.
Dr.	„	Simeón Eduardo.		„	„	Francisco A. Reyes.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL.

DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

TOMO I. |

SAN SALVADOR, DICIEMBRE DE 1889.

| NUM. 7.

“La Juventud Salvadoreña.”

Si las asociaciones en el orden político, son tenidas como el más adecuado medio para que el ciudadano sea señor de su destino, en la vida de las naciones las asociaciones científicas y literarias obedecen á la necesidad del perfeccionamiento, como que la idea particular y el conocimiento individual adquieren mayor desarrollo en la lucha constante y en la continuada discusión, que en el silencio del gabinete. Nacido el hombre en una sociedad, es en el seno de ella donde ha de encontrar la conservación de su parte material, por el respeto á sus derechos, y el mayor adelanto en lo que se refiera el espíritu, por la comunicacion de las ideas.

Las relaciones comerciales, la unión del capital y la industria, el consorcio de las actividades traen ventajas á la producción y abundancia para los pueblos; la asociación por las ideas produce el mejoramiento de las facultades, enlaza á los hombres por las inteligencias, dulcifica los sentimientos por el amor y trasforma á las naciones por el progreso.

La asociación es la vida, porque vivir es progresar. La fuerza aislada es ridícula, el esfuerzo múltiple es sublime; aquella va al desaliento cuando no á la desesperación; éste llega á la cima.

La heroicidad es el todo, el valor una parte; la humanidad es solidaria porque es el todo.

Cada generación deja algo, ya es tiempo de dejar mucho; ¿y cómo? que no haya producción de uno sino trabajo de todos y de allí vendrá la gran producción; que cese el egoísmo para dar paso á la fraternidad; que se combinen las fuerzas de los organismos, se correspondan los afectos de las almas y vaya á un solo fin el calor de los cerebros.

Ser libre es ser activo; la libertad para el estacionarismo es un contrasentido, sería el derecho para no adelantar, el derecho para no ir á la escuela, para renegar de la razón, para maldecir el libro, en suma, la libertad para no ser libre. Esa es la cima.

El derecho divino de los reyes sobre la voluntad popular, el diletantismo sobre el hombre, el capricho sobre la razón, el absolutismo sobre la democracia, el no ser sobre el ser. Esa es la síntesis.

En la economía de la Providencia nada se sustrae de su fin: la tierra produce, el cielo sonrío; Mayo es la alegría, Noviembre es el recuerdo; el ave canta, la flor perfuma.

En la Historia Atila destruye, Sócrates funda, Jesús redime.

Amaos los unos á los otros, dice el Evangelio; uníos los unos á los otros manda el progreso, porque uniéndoos os amareis.

Mandato divino, dogma de la razón, conquista de la ciencia, eso hay en el deber de asociarse.

Si la idea se acepta, si se recono-

ce la necesidad del medio, únase la juventud de esta patria querida ya que su entusiasmo y sus dotes intelectuales, la preparan para la solución de grandiosos problemas. En cada asoto de enseñanza que haya una asociación; y de allí al progreso no hay más que un paso.

El porvenir llama al elemento juvenil, corresponde á él acudir á ese llamamiento.

CONQUISTAS.

Admitido como está por los publicistas contemporáneos que el decaído derecho de conquista es contrario á la soberanía é independencia de cada pueblo ó nación, y condenado además por el criterio histórico á baldón eterno, parece inoportuno ocuparse más en semejante cuestión, y no solo inoportuno sino que talvez afecte también ignorancia ó pedantería. Sabemos que la conquista tiene por causa la ambición, por derecho la fuerza y por fin la supremacía, la satisfacción propia, el orgullo personal reinante. Pues si sabemos todo esto con ello basta, os dirán por ahí; pero nó, que mientras los hechos vayan siempre camino opuesto á los principios, mientras los errores resistan á los empujes de las verdades, mientras la arbitrariedad de los hombres ó de los pueblos tenga en menosprecio los derechos y las libertades inherentes á los unos como á los otros, no hay para qué descansar porque la lucha existe aún y precisa ante todo saber á quién pertenece la victoria. Acaso porque se ha pregonado que ningún pueblo tiene derecho para explotar ó tiranizar otro pueblo, las explotaciones y las tiranías de los pueblos por los pueblos han concluido? Acaso porque el severo juicio de la Historia ha malde-

cido todas las ingratitudes, todos los despotismos y todos los crímenes de España en América, ha dejado España de cometerlos en nuestros días y á nuestros ojos, ya en la propia tierra americana en donde el viejo león ibero ruge agonizante, ya en las apartadas y lejanas tierras del antiguo continente donde aun conserva posesiones coloniales? Verdad es que no; y cierto que todas las viejas naciones europeas, aun la republicana Francia, madre de la democracia contemporánea, se creen con perfecto derecho para ahorrójar á su capricho la independencia y la soberanía de las demás naciones. Oh si, la Europa moderna ha sustituido, en sus pretensiones de dominio, á la soberbia Roma de otros tiempos, á la "hija de lobos madre de Nerones" como acertadamente la llamara el poeta: Europa cree que el Asia y el África no pueden existir sino por ella y para ella y lo pregona por su prensa y lo defiende con sus armas; y lo mismo creyera é hiciera con América otra vez sino es porque hay ahora quien le salga al paso en el camino de sus pretensiones; y cuantas veces lo ha intentado otras tantas ha vuelto la cara avergonzada al darle en ella con el cuadro de todas sus tiranías y todas sus injusticias de lamentables tiempos pasados. Creo no hay para qué cantar hosannas todavía al imperio del Derecho y de la Libertad porque no ha llegado aún: trabajemos antes por su establecimiento y una vez realizado oh! entónces sí, venid poetas, sabios y artistas todos á elevar vuestros himnos inmortales sobre el altar de la verdadera Democracia al Dios de nuestras libertades.

Cuando vemos un pueblo que poseyendo todas las condiciones y todos los elementos necesarios para dirigir por sí sus pasos y llegar, sin extraños lazarillos ni tutores,

al cumplimiento de las leyes del progreso universal; que en otras épocas no solo ha brillado por el cultivo de las letras y el poderío de sus armas, sino que también ha servido de guía á los demás, desempeñando altísimo papel en el concierto de las naciones independientes y soberanas; y que, no obstante su glorioso pasado, su derecho presente y sus esperanzas futuras, hay pueblos ó naciones que se arrogan por sí y ante sí su pasado, su presente y su porvenir, y les dicen con aire de protección: sois un pueblo degenerado, incapaz de dirigir acertadamente vuestras acciones por el camino del bien: reconóceme por dueño y señor, y obedéceme en cuanto os diga y mande: soy tu amo:—cuando vemos repetirse constantemente estas escenas, decimos, por qué callar ó dormir tranquilos al arrullo de la terna cantilena de que pasaron ya para no volver jamás los tiempos de las bárbaras conquistas, siendo constante la amenaza y tangible la farsedad de aquellos asertos? Y seremos nosotros, hijos de América, cuna de libertades, tribuna defensora de todos los derechos, altar sagrado en cuyas aras se hace el sacrificio de todos los principios modernos, seremos nosotros los que contemplemos indiferentes esos cuadros sombríos de los pueblos inmolados por los pueblos, del derecho hollado en nombre del derecho, de la justicia sacrificada en nombre de la justicia? Oh no, que entonces nos haríamos indignos de los grandiosos fines que la Providencia nos señaló.

Nacionalidad, es aptitud, capacidad, derecho para constituirse en nación independiente, soberana, dueña y árbitro de su propia suerte, con facultades para dirigir sus actos sin más límites que los principios eternos de la moral, la justicia y el derecho, que circunscriben

á las naciones como á los individuos su esfera peculiar de acción; y quien no respete esa nacionalidad, quien la ultraje ó pretenda destruirla confiado en la fuerza y poder de sus armas, entendido esté, que allí estarán alerta siempre los defensores del Derecho, con el látigo de la razón en la mano para azotarles con él la frente, y el Juez terrible de la Historia allí estará también con su amenazadora voz condenándoles á eterna execración. Además, no es éste el único medio para salvar el amenazado derecho; ya los sabios apuntaron otros que deben aplicarse antes, entre los cuales cuéntase como más eficaz la alianza ó confederación; que pues la fuerza con la fuerza se repele, y la unión de los pueblos débiles constituye un todo diferente, poderoso, capaz de resistir á quien, aislados, los tuviera por juguete de sus caprichos; y siendo la causa del derecho causa de la humanidad, á ella deben recurrir los pequeños cuando se vean amenazados por los grandes. Las mismas naciones conquistadoras que se creen todo-poderosas para subyugar á cualquier pueblo, recurren presurosas al medio apuntado cuando contemplan adverso ó dudoso el éxito de sus malhadadas pretensiones; si la Francia no se cree muy segura sobre la China, allí estarían, de seguro, las demás hermanas en dominación atentas á darle el brazo para sacarla triunfante del apuro.

Destruir naciones, menospreciar nacionalidades, son crímenes atroces que, tarde ó temprano, recibirán la sanción correspondiente. Interrogad la Historia, y ya tendréis la consoladora respuesta. Dejad que Roma destruya á Cartago, que Roma domine á cuantos pueblos quiera y les dé leyes y gobiernos á su antojo, que luego vendrán los horribles corceles de Atila y ba-

jarán los terribles bárbaros del Norte á vengar todos los crímenes y todas las injusticias cometidas por el orgulloso Pueblo-Rey. Y cuenta que no es Roma ejemplo único, aislado en la Historia de la humanidad. España misma, la señora de nuestra América ayer, vedla cómo va ahora, á marchas forzadas, camino de la decadencia, expiando sus pasados yerros; y por más que luchen, por más que se esfuerzen sus hijos predilectos—sus estadistas, sus sabios, sus poetas—nada podrán—es ley providencial y á cumplirse va.

Conquistar por medio de la luz la razón por la razón, la inteligencia por la inteligencia, el corazón por el corazón, es conquista sublime, digna de un pueblo culto y civilizado, es la conquista única admitida y promulgada por el Derecho y la Filosofía moderna. Lord Byron, Goethe, Victor Hugo, Montalvo, Lamartine, Castelar y todo ese ejército grandioso de los héroes del pensamiento, son los únicos conquistadores de los tiempos contemporáneos, los únicos paladines cuyas armas brillan y lucen ante el faro de nuestras libertades, como que ellas han sido forjadas en la hoguera de nuestra Democracia para la defensa de los imprescriptibles derechos de la especie humana. Venid filósofos y poetas, venid sabios y artistas todos, que sois vosotros los predestinados para conquistar el corazón, la inteligencia de los pueblos libres y soberanos, de las naciones jóvenes é independientes; venid, que ellas se aprestan gustosos á ceñiros en la inmaculada frente la fulgurante diadema del conquistador. Que no haya pues, más conquista que la conquista de los derechos perdidos por el hombre ó por el pueblo y la conquista de los sabios y de los artistas por medio de la razón, que es el alma de la humanidad.

La Democracia es el ideal de los pueblos, la aspiración constante de las naciones. América, se ha dicho, es el altar de la democracia, y talvez en ello no haya error. República se llama la forma del Gobierno democrático, y ella parece ser la adoptada por todos los pueblos independientes que forman parte de su ser. El Brasil, que al separarse de la madre patria, adoptó, en uso justo de su soberanía, la forma monárquica, llamando al trono imperial un miembro de una de las familias más ilustres de Portugal, don Pedro de Braganza, en ejercicio legítimo también de esa misma soberanía, acaba de cambiar la tradicional corona por el estandarte republicano. Y qué manera de cambiar forma de Gobierno! No fué preciso el heroísmo de Lucrecia para la muerte del soberbio Tarquino como en Roma; ni la decapitación de Luis XVI y todos los crímenes posteriores como en Francia—nada! El pueblo lo quiso, y el sabio, el liberal, el demócrata don Pedro acató como debía la soberana voluntad. Qué monarca! monarca ante el cual quedaron burlados el orgullo y el desprecio que el poeta del siglo gastaba con las testas coronadas de Europa. El poeta desprecia al emperador: y el sabio, el filósofo lo vengan de ese desprecio. El poeta hubo de confesar que don Pedro de Braganza Emperador del Brasil, no se parecía en nada á ninguno de los monarcas que él conocía. Allí lo teneis. Tras la emancipación de los esclavos, el Gobierno Republicano, obras de su inteligencia las dos.

Don Pedro de Braganza deja escrita una de las páginas más brillantes y gloriosas de la Historia americana, se ha hecho digno de los aplausos de todos los defensores y amantes de la democracia y acreedor á la gratitud del corazón

de un pueblo cuya grandeza irá
siempre unida á su nombre.

ARTURO.

Izalco—1889.

QUEJAS ÍNTIMAS.

Desde que vine al mundo
mi bárbaro destino
Con implacable saña
mi pecho destrozó;
Y al ir regando abrojos
en mi áspero camino,
Con agudas espinas
mi frente coronó.

No sentí de mi madre
los amorosos besos,
Porque me hirió en la cuna
la cruel fatalidad;
Sin gozar de la infancia
los dulces embelesos,
Padecí los martirios
de la triste orfandad.

¡Pasó como un suspiro
mi juventud florida!
Pasó como el perfume
de la marchita flor!
Y ví pasar los años
de mi penosa vida,
Bebiendo hasta las heces
el cáliz del dolor!

Y en medio de la angustia
de mi alma, lacerada,
Con sublimes afectos
¡imbecil, deliré!
Soñaba en la ventura
mi mente acalorada,
Y.... se deshizo en llanto
la dicha que soñé!

¡Por qué vine á la tierra
con el alma de artista
Si la negra congouja
mata la inspiración!
¡Si vago en este mundo
como débil arista

Que rueda en el vacío,
juguete del turbión?

¿Será que para colmo
de mi cruel sufrimiento
Nací por mi desgracia
destinada á soñar
En goces que no existen,
que forman el tormento
Del que busca la dicha
donde reina el pesar?

No sé. Pero es lo cierto
que mi alma dolorida
Soñaba en los amores,
soñaba en la amistad
Despertóla inclemente
la prosa de la vida
Y se encontró en los antros
de la vil realidad!

Y.... es triste ver deshechas
las bellas ilusiones
Sin hallar un consuelo
que endulce la afición!
¡Devorar en silencio
terribles decepciones!
Sentir que de amargura
revienta el corazón!

Buscando en el pasado
siquiera la memoria
De algún feliz instante,
risueño para mí
Y solo ver escrita
mi dolorosa historia
Con el llanto de fuego
que á torrentes vertí!

Buscar en el presente
siquiera una esperanza:
Algo que me dé fuerza
para no sucumbir;
Y.... ver un mar de llanto
y en triste lontananza
Las sombras impalpables
de un negro porvenir!

Es triste!... si... muy triste!!!
Señor... me vuelvo loca!
Ya me falta el aliento
y estalla el corazón!
¡Piedad, piedad Dios mío!

la angustia me sofoca!
Se extingue mi existencia!....
¡Ten de mí compasión!

VICENTA LAPARRA DE LA CERDA.

Guatemala, diciembre 15 de 1889.

JUAN.

(DE VÍCTOR HUGO.)

Juan, es el viejo virgen; un visionario en quien está la ardiente savia del hombre convertida en humo y en agitación misteriosa. El sentimiento del amor es necesario en la vida. El amor no satisfecho se transforma al fin de la vida en un siniestro desbordamiento de quimeras. La mujer ama al hombre si no fuera por ésto la poesía humana sería la poesía de los espectros. Los seres que se niegan á cumplir la ley de la germinación universal, llegan á ser víctimas de inspiraciones monstruosas. El Apocalipsis es la obra maestra, casi insensata, de esta aterradora castidad. Siendo joven, era Juan dulce y feroz á la par. Amó á Jesús, y ya no pudo amar á nadie. Existe una profunda relación entre el Cántico de los Cánticos y el Apocalipsis; ambos son explosiones de virginidad concentrada. El corazón hecho volcán se abre y surge la paloma que se llama el Cántico de los Cánticos, ó el dragón que se llama el Apocalipsis. Los dos poemas son los polos del éxtasis, el uno la voluptuosidad, el otro el horror; llegan á los límites extremos del alma; en el primer poema el éxtasis agota el amor, en el segundo se agota el terror infundiendo á la agitada humanidad el espanto que produce la contemplación de un abismo sin límites. Hay también cierto parecido, que merece notarse, entre Juan y Daniel. Los que

siguen cuidadosamente con la vista el hilo, apenas perceptible, de las afinidades, verán en las profecías hechos humanos comunes y ordinarios; y lejos de desdenar el problema del milagro, lo considerarán como formando parte del fenómeno permanente. Las religiones pierden con esta observación pero la ciencia gana. Aún no se ha notado suficientemente que el séptimo capítulo de Daniel contiene en germen el Apocalipsis.—Representase allí los imperios por bestias. La leyenda también ha asociado á ambos poetas; según ella el uno pasa por las leoneras y el otro por una caldera de aceite hirviendo. A excepción de la leyenda, la vida de Juan es bella. Vida ejemplar que sufre extrañas expansiones, pasando del Gólgota á Patmos, y del suplicio de un Mesías al destierro de un profeta. Después de haber asistido Juan á los suplicios del Cristo, empieza él mismo á sufrir: el recuerdo del sufrimiento visto le convierte en apóstol, y su resignación en el sufrir en mago: de la magnitud de la prueba resulta la grandeza de su espíritu. Siendo obispo escribe el Evangelio, y en el destierro escribe el Apocalipsis, obra trágica hecha con vista de águila, como si el poeta hubiera tenido sobre su cabeza una sombría agitación de alas.—La Biblia entera está entre dos visionarios, Moisés y Juan. Este poema de los poemas comienza por el caos en el Génesis, y termina en el apocalipsis por los truenos. Juan fué uno de los grandes errantes de la lengua de fuego.—Durante la Cena apoyó la cabeza sobre el pecho de Jesús y pudo decir: "Mis oídos han escuchado los latidos del corazón de Dios". Y fué á contarle á los hombres.—Hablabá un griego bárbaro, mezclado de giros hebreos y de palabras siriacas de un encanto áspero y salvaje. Estuvo en Efe-

so, en la Media y en el país de los parthos. Atrevióse á entrar en Tesifon, la ciudad de los parthos, construida para rivalizar con Babilonia. Combatió al ídolo viviente Cobaris, rey, dios y hombre á la vez, eternamente inmóvil sobre su abierto pedestal de jade nefrita que le sirve al mismo tiempo de trono y de letrina. Evangelizó la Persia, que la Escritura llama Paras.— Cuando apareció en el concilio de Jerusalem, creyóse ver en él la columna de la Iglesia. Contempló con estupor á Cerinto y Ebión que decían que Jesús no fué más que hombre. Cuando se le interrogaba sobre el misterio, contestaba: *Amaos los unos á los otros.* Murió á los noventa y cuatro años, reinando Trajano. Según la tradición no ha muerto, sino que se conserva vivo en Patmos como Barbarroja en Kaiserslautern. Hay cavernas que esperan á estos misteriosos vivientes. Juan, como historiador, tiene semejantes en Mateo, Lucas y Marcos; mas como visionario es único. Su sueño trasciende de tal manera al porvenir, que no hay ninguno que se le parezca. Sus metáforas salen locas de la eternidad; su poesía tiene la profunda sonrisa de la demencia: la reverberación de Jehová reside en la pupila de este hombre. Es lo sublime en pleno extravío. Los hombres que no le comprenden, le desdennan y se ríen. *Mi querido Thiriot*, dice Voltaire, *el Apocalipsis es una porquería.* Necesitando las religiones de este libro lo veneran colocándolo en los altares: de lo contrario hubiera sido preciso arrojarlo á un muladar. ¡Qué importa! Juan es un genio. Viendo á Juan de Patmos se comprende que existan comunicaciones entre ciertos genios y el abismo. En otros poetas se adivina esta comunicación; en Juan se ve, en algunos momentos se toca, causando

estremecimientos poner la mano sobre la puerta sombría. Por ella se va al lado de Dios. Leyendo el poema de Patmos se os antoja que alguien os empuja por detrás hacia la temerosa abertura que se dibuja confusamente ante vuestra vista. Aunque Juan no produjese más que el espanto y la atracción, sería inmenso.

“VERITAS LIBERABIT VOS.”

I.

Tiende su dulce y plácida mirada
Y á la infeliz humanidad que gime,
De infame y torpe esclavitud redime
Dios, con su sangre pura, inmaculada.

Del Templo, sobre el ara consagrada,
Su huella, en sangre y negro lodo imprime,
Y la conciencia con dogal oprime
La prostituta vil, déficada.

“Salud, oh Libertad!,” el pueblo grita;
“Salud, alma del mundo, esplendorosa!”
Y á adorarla, en tropel se precipita.

“Abajo la cadena ignominiosa
Del Cristo-Rey! Muera la Cruz maldita!
La Libertad sin freno es nuestra Diosa!”

II.

Al trueno del abismo, furibundo,
Ya corroídas por ateas leyes,
Rómpense las coronas de los reyes,
Y en sus entrañas se estremece el mundo.

El ¡ay! desgarrador del moribundo
Hace temblar!... Caminan, como bueyes
Al matadero, las humanas greyes,
Entre chacota y canto nauseabundo.

En vez de cetro, en su sangrienta mano
Látigo vil empuña la injusticia,
Que el rostro azota al Pueblo soberano;

Carnada que devora la codicia,
Palpitando en las garras del tirano,
Sin Dios no hay ley, derechos ni justicia;

Julio de 1889.

JUAN FERMÍN AYCINENA.

LA LESION ENORME.

Es asunto muy contravertido entre los comentaristas y expositores del derecho, si la rescisión por lesión enorme es conforme á los principios filosóficos y además útil en la práctica. En verdad la cuestión es grave no solo por los trascendentales resultados que produciría si fuera inadecuada al aplicarse, cuanto por los poderosos argumentos que insignes tratadistas tienen para oponerse á su admisión.

Se aduce que la rescisión por el motivo antes dicho, es contraria á los fines sociales, desde el momento que mantiene incierto el derecho de propiedad, da origen á cuantiosos y repetidos litigios siendo casi imposible apreciar con exactitud en que casos y hasta que punto alcanza el derecho lesionado; pues lo relativo del término y la diversidad de apreciaciones da origen á ello.

Sobre que sea contraria al derecho natural la rescisión por lesión enorme, aparte que pueden citarse las legislaciones que la han adoptado, las cuales no son en escaso número, debe tenerse en cuenta que en toda buena organización ha de existir el equilibrio entre los derechos y las obligaciones; que no se ataca la libertad individual; porque el hombre jamás es libre para enajenar su personalidad, ni para adquirir obligaciones que carecen de fundamento jurídico; pues los contratos en que hay lugar á la rescisión por lesión enorme son aquellos en que por ambas partes hay gravamen, es decir, una adecuada proporción entre lo que se da y lo que se recibe; y desde el momento que esa justa equivalencia falte, la obligación no tiene fundamento, por lo que con toda certeza se vé, que no es la ciencia lo que se opone en

tal caso á la rescisión sino que es ella misma, la justicia y la conveniencia social la que reclaman su establecimiento.

La equidad ha de ser norma de los actos humanos ¿y podrá existir ella cuando un comprador, conociendo la escasez del vendedor trate de acabarlo de arruinar, al señalarle un precio que á todas luces es injusto? ¿habrá la ley de permanecer indiferente, y consentir que se añada aflicción al affigido, como decían los romanos? Si tal fuera, la ley se convertiría en creadora de fueros para la avaricia, de concesiones á la usura en vez de ser garantía de derechos y reguladora de acciones humanas.

Si la razón jurídica de un contrato es la satisfacción de las necesidades de las partes, mal puede existir esa razón desde que sin la rescisión viene el predominio de una necesidad; principio tenebroso que consigo trae la vieja y desgraciada opinión de la tiranía del Estado, y la no menos bárbara de la pena de muerte y de las demás penas infamantes; ambas rechazadas por la ciencia, anatematizadas por la civilización y reprobadas por la conciencia universal.

Para mejor fijar los conceptos es de advertirse que la cuantía de la lesión, para poder rescindirse un contrato, no está del todo reconocida. El Código Austriaco reconoce la rescisión cualquiera que sea la cantidad de la lesión; el salvadoreño cuando el valor de la cosa que se da, es inferior á la mitad del justo precio de la cosa que se recibe.

Con respecto á los que en principio reconocen que la causal de que se trata es conforme á los dictados científicos, pero inconveniente en la práctica, caen en manifiesta contradicción al solo enunciar su teoría.

De lo dicho resulta: que al ad-

mitirse la rescisión por lesión enorme queda favorecido el comercio, respetada la voluntad individual, amparada la necesidad y llenada la misión de la ley, mediante el respeto á las máximas de justicia y equidad que deben presidir las relaciones entre seres destinados, no á despojarse sino á llegar, con el auxilio común y las mutuas consideraciones, á la conquista de sus providenciales destinos.

VÍCTOR M. JEREZ.

A CARMEN.

Volví á verte, mi bien, ya soy otro hombre,
Al través de tu cética mirada,
De tu tierna y poética sonrisa,
Mi alma entusiasmada
Otto mundo hermosísimo divisa.

Olví á estrechar tu mano temblorosa;
Volví á ver el rubor en tu semblante,
Y aun ví en tu pecho la marchita rosa
Que fresca y olorosa
Pusiera en él mi mano palpitante.

Una vez más, y de mi brazo asida,
Te dirigiste al piano;
Y cual magia oriental al suave impulso
De tus dedos de rosa,
Poética, sublime y quejumbrosa
Su dulce melodía
Empapó con su lluvia el alma mía.

Volví á creer en Dios; volví á ser bueno
Para al fin merecerte,
Y colmado mi pecho, de amor lleno,
Amé la vida y deseché la muerte
¡Y no era yo el que ¡loco!
Ni en la amistad ni en el amor creía?
¡No era la duda vil la que roía
Mi cerebro y mi pecho,
Matando en éste el bien, el sentimiento,
Y en mi mente infeliz, desesperada,
Martirizando cruel mi pensamiento?

¡Es mejor que créamos!
Como en este momento en todo creo;
Es más dulce, más bello que veamos
A través del cristal con que ahora veo!
Y qué! ¡Será mejor abrir los ojos
Para mirar el caos,
Para sólo ver sombras y despojos
Y ruina sobre ruina amontonada
Donde el genio del mal
Deja oír su terrible carcajada?

No! que es mejor cerrarlos,
Y si "la vida es sueño"... así... soñando...
Finjamos otro mundo, donde canten
Los que viven aquí sólo llorando.

Creámos ver en cada pecho un mundo
De caridad sublime y amor santo;
Engañémonos, sí, resucitemos,
Siguiera en nuestra enferma fantasía,
¡Tánto cadáver, tánto
De lo bueno que Dios formado había!

¡Que vuelva yo á soñar cómo soñaba
En los primeros años
De esta mi juventud que ya se acaba;
Y que en tus brazos, Carmen, en tus brazos,
Reclinando mis sienes en tu seno,
La asfixia del placer vaya apagando
Poco á poco en mi ánimo sereno
La vida que el amor se va llevando!

ORIÓN.

A ANA.

He pensado olvidarla y no he podido;
Aun guardo sus palabras como el día
En que por vez primera nos besámos
Temblorosos de miedo y alegría.

Cuando ella se casó..... yo estaba lejos;
Cuando lo supe..... casi me desmayo.
Y si no me morí..... fué porque entonces
No quiso Dios que me partiera un rayo.

Hoy tiene varios hijos; ya está vieja;
Dicen que la pobreza y la familia
Le han traído consigo mil pesares
Con desgano, sollozos y vigilia.

Idolatra á sus hijos, ya que el cielo
Ha sido en concedérselos propicio;
Yo ignoro si los tengo, si habrán muerto,
O si estarán tal vez en el hospicio.

Qué abismo entre los dos! Ella, una santa,
Madre mártir, virtuosa y venerable;
Y yo, un solterón incorregible,
Un pesimista vil, ¡un miserable!

San Salvador. 1888.

LA PLUMA AZUL.

I

Era una tarde lóbrega y fría. El
trueno retumbaba sobre las altas cum-

bres de los Andes occidentales, y la lluvia caía á torrentes.

Todas las puertas del pequeño pueblo de Pichi-picha, azotadas por el viento y la tempestad, permanecían cerradas, escepto las de una pequeña choza situada á la salida de la población.

Entremos en esta choza.

Dos personas había en ella. Un joven indio de bellas y enérgicas facciones y miembros robustos, y una india anciana casi decrepita.

—Crées, madre, que se ha cumplido el plazo? Preguntaba el joven.

—Sí, Huyana, el plazo se ha cumplido, y también se cumplirá la profesia.

—Es decir, que me he de poner en camino con semejante tarde.

—¿Tendrá Huyana Amarú, el hijo del Sol, miedo á la tempestad, cuando se trata de la libertad de sus hermanos?

—No madre, no tengo miedo más á que no salgan las cosas según me has prometido.

—Viracocha (1) no quiere á los que no confían en él.

—Bueno, madre, sácame mi arco y mis flechas, que estoy dispuesto á marchar.

La vieja se levantó del suelo, en donde estaba sentada, y sacó al joven los objetos que le pedía.

Este sujetó las flechas en una tira de cuero que llevaba al cinto y abrazó á la vieja diciéndole.

—Adiós, madre.

—Que Viracocha te proteja, Huyana.

II

El joven salió de la casa y del pueblo, intrincándose á poco en la selva.

Su paso era ligero y nervioso.

No se oía más ruido que el de la tempestad, cada vez más fuerte, y el bramido del jaguar.

Huyana no hacía caso de la una ni del otro, y caminó sin detenerse hasta la orilla del río Blanco.—El caudal de las aguas de este afluente del Escoma había aumentado de una manera espantosa.

Gruesos troncos de árboles y piedras de un tamaño enorme eran arrastrados por la corriente, llevándose cuanto se oponía á su paso.

Huyana no vaciló. Cogiendo el ar-

co entre los dientes se arrojó al agua, y nadó con vigor hasta encontrar la opuesta orilla después de trabajos inauditos.

Apenas puso el pié en tierra empezó á andar de nuevo, sin detenerse á tomar un minuto de descanso.

Una alta é inculta montaña se presentó ante sus ojos, y emprendió su ascensión sin vacilar.

Como á la media hora de rápida marcha, llegó á una especie de agujero entre las rocas.

—Aquí debe ser, dijo, y se sentó sobre una piedra. Empezaba á oscurecer. La tempestad arreciaba.

III

Poco despues, un ruido como el batir de inmensas alas le hizo levantar la vista.

Un enorme cóndor, ese rey terror de los Andes, se cernía sobre él.

Huyana se puso de pié, tendió el arco, una flecha hendió el aire y se oyó un grito terrible.

La monstruosa ave, herida, remontó el vuelo, dejando caer un objeto.

Huyana se arrojó sobre él. Era un ave pequeña y de brillantes colores, muerta y casi despedazada por las garras del cóndor.

En los labios de Huyana se dibujó una sonrisa.

—He aquí la profesia que empieza á cumplirse, dijo: y después, aproximándose á la boca del agujero ó cueva, gritó por tres veces: Mama-Oella, Mama-Oella, Mama-Oella.

IV

El busto de una mujer apareció en la entrada de la cueva.

—Bien venido sea el esposo de mi alma, dijo. Entra Huyana: entra hijo del Sol; entra mi señor y reposa un momento en los brazos de tu esclava.

Huyana se introdujo en el agujero en pos de la mujer, y siempre detrás de ella, llegó á una especie de salón espacioso, alumbrado por la luz de una hoguera.

Ya en aquel sitio, la mujer se volvió á Huyana que la miró con asombro.

Y había para asombrarse ante la belleza casi ideal de aquella joven.

(1) Nombre que los indios peruanos daban al Sol.

Porque era una joven, casi una niña la que á Huyana sirvió de guía.

Su cara era de un óvalo perfecto. Sus negros y finos cabellos le caían sueltos, cubriendo su espalda y su mórvido seno desnudo. Negros y rasgados sus ojos, blancos sus dientes como la eterna nieve del Sorata y rojas sus mejillas como la amapola que crece en las riberas del Ucayale. Era el tipo de la belleza india.

Huyana, deslumbrado, dió un paso hacia ella, que se sonrió con sonrisa encantadora.

—Ven, Huyana, ven mi dueño, dijo, ven y reposa en mi amoroso seno tu mojada frente.

Huyana dió un paso más hacia la hermosa que le tendió sus brazos.

Pero de pronto, como si una fuerza superior lo enclavase en el suelo, se detuvo y le dijo:

—No, Mama-Oella, todavía no. Mi pueblo es todavía esclavo, y el Inca Huyana-Amarú no está aún sentado en el trono de los emperadores del Cuzco. Aquí te traigo el ave sagrada de la profecía, para que con tus manos de virgen le arranques el precioso talismán que me ha de ayudar en mi ardua empresa.

La joven lanzó un suspiro, tomó el ave que le alargaba Huyana, y de su fina y larga cola le sacó una hermosa pluma azul.—Pero ¡cosa rara! El cañón de aquella pluma era de reluciente oro, grabado con signos misteriosos, y aguzado en la punta á manera de puñal.

—Toma, señor, dijo alargándole la pluma. Este es el precioso talismán de la profecía. Parte, cumple con tu deber. Háblale á tus hermanos de Pinacoma, Tuli, Llave y Puno; ve luego al templo del Sol en la Isla Titicaca, y toca con esta pluma el pecho de Viracocha. Es todo cuanto tengo que decirte. Parte, señor, en tanto yo me dirijo al volcán de Arrequipa, en donde tendrá fin la profecía y te aguardarán los amantes brazos de tu Oella.

V.

La tormenta había pasado.

El cielo despejado de nubes, aparecía tachonado con infinidad de brillantes estrellas.

Huyana caminaba sin cesar, y ya, cerca de amanecer, atravesaba á nado el río Escoma, salido de madre con las

aguas de la pasada lluvia.

A medio día llegaba á Pinacoma, á la orilla del Lago Titicaca.

Cansado, desfallecido de hambre, entró en la primera casa del pueblo.

Un indio salió á recibirle.

Huyana le mostró la pluma azul, y el indio adoró al hijo del Sol y le dió de comer.

Poco después, centenares de indios llenaban la casa y la calle, y Huyana, repuesto del cansancio y del hambre, se despedía de ellos y les encargaba que estuviesen prontos y avisasen á sus compañeros para lanzar el grito de libertad á la primera orden.

Iguales escenas se repitieron en Tuli, Llave y Puno, y á los cuatro días después de haber salido de Pichipicha, Huyana se embarcaba en una piragua que tomó en la punta Santa Lucía, y se entregaba á las ondas del Lago Titicaca.

VI.

Gobernada por la diestra mano de Huyana y después de haber tocado en las islas Amontaña y Tiquili, á los tres días atravesaba la piragua el estrecho de Tiquina, y anclaba en una caleta de la isla de Titicaca.

Apenas arribó á tierra, desembarcó Huyana y se dirigió con paso seguro al interior de la isla.

En el centro de ella se elevaba un hermoso templo casi en ruinas.

Este templo tenía en su fachada once ventanas adornadas con labores primorosas, y cuatro puertas en forma de pirámide truncada, las dos de los lados simuladas y las del centro reales y abiertas de par en par.

Huyana entró y atravezando galerías llegó á un espacioso patio.

En el centro de este patio había un gigante ídolo de piedra representando á Viracocha.

Huyana se dirigió á él, y con la pluma azul le tocó en el pecho.

Inmediatamente, aquella inmensa mole giró sobre sí como movida por oculto resorte y dejó descubiertos los primeros peldaños de una escalera que se dirigía al centro de la tierra.

Huyana salió por ella sin vacilar, y el ídolo giró de nuevo tapando la entrada.

VII.

Atravesando desiertos subterráneos llegó á un panteón.

Once momias, sentadas en tronos de oro maciso, estaban junto á la pared de granito. (2)

Huyana se dirigió á la novena de aquellas momias y tocándole á la cabeza con la pluma azul, le dijo:

—Despierta, Pachacuti. Despierta, noveno inca. Vuelve un momento á la vida y señala á tu descendiente el camino que ha de seguir para restaurar la dinastía de Manco Capac.

Apenas pronunciadas estas palabras, la momia se animó; sus ojos rodaron en sus órbitas, y su pecho comenzó á levantarse como movido por los latidos del corazón. Las cadenas de oro, que ataban sus piés y sus manos, cayeron al suelo deshechas. Agitó un momento los labios y empezó á hablar de este modo:

—“Acércate, Huayna Amarú. Presta atento oído á mis palabras, porque así es la voluntad del gran Viracocha.

VIII.

—“Grande y glorioso ha sido el imperio fundado por Manco Capac, primer hijo del Sol, y por Mama-Oella, su esposa y hermana.

Sinchi Roca, su hijo, acabó de asegurar el imperio y desde entonces hasta mí todos los Incas fueron gratos á Viracocha y merecieron su protección.

Estaba destinado que en mí empezase la decadencia del imperio, para llegar á su total ruina.

IX.

Cuando cumplí diez años, hice mis pruebas para obtener el título de Inca.

Después de los seis días de ayuno hice la prueba de la fuerza, trasportando sobre mis hombros una enorme piedra desde Cuzco á la falda del Arequipa. En la caza alcancé al guanaco en la carrera, y maté al jaguar con mis propias manos, mis flechas detenían el vuelo de

las más pequeñas aves, y mi hacha de piedra hundía el cráneo de mi enemigo.

Mi madre y mi hermana me calzaron las sandalias adornadas con cordones hechos con sus propias manos, y, con arreglo á la ley de Viracocha, me destinaron por esposa á mi hermana, para que la sangre de los Incas se conservara pura.

Al año siguiente se encerraron en el templo del Sol las doncellas inmaculadas destinadas á Viracocha, y mi padre me puso sobre los hombros la banda de algodón.

Los Curacas (3) llegaron á Cuzco á dar cuenta de sus actos llevando donativos de oro, piedras y cuantas riquezas encerraba el imperio.

Burlando la vigilancia, una noche, después de haber comido y bebido en honor de Viracocha, me introduje en el templo del Sol y robé una virgen que me había inspirado una insensata y funesta pasión.

La escondí en una casa de Cuzco, y de noche salía solo del Palacio y cantaba en la puerta de mi adorada:

Cayla Llapí (4)
Punnunquí
Chauptuta
Gamusac.

Y llegaba á media noche y Antu-Alim me esperaba, y yo recibía los amores que Antu-Alim debiera reservar para Viracocha.

Muchas vírgenes habían sido sacrificadas por la falta de mi adorada Antu-Alim: yo sin embargo seguía visitándola á media noche y tuve con ella tres hijos.

Murió mi padre y fui proclamado emperador. Ya nada pudo poner freno á mi pasión. Regalé á un curaca á mi hermana y esposa Huaglen-Aypiña, y elevé al trono á mi amada.

Poco tardó el castigo que sobre mí había de recaer.

Una noche se me apareció en sueños Viracocha y me dijo:

“Has profanado mi templo robando una de mis vírgenes, y has mezclado tu sangre de Inca con ella.

(3) Gobernadores hereditarios.

(4) Con la canción
Te admiraré;
A media noche
Yo llegaré.

(2) Sabido es que los indios peruanos, inhumaban así los cadáveres de sus reyes. Para el desarrollo de este cuento ha sido necesario que trajese aquí las momias de los once emperadores que precedieron á Huayna Capac, duodécimo emperador del Perú, que reinaba cuando Pizarro descubrió aquel imperio.

La raza de los hijos del Sol ya no está pura, y el Imperio del Perú no conocerá á su décimo tercero emperador.

Otros hombres venidos de Oriente esclavizarán tu raza, y el Imperio de los Incas se deshazá como se deshace la nieve del Sorata.

Aparecerá un falso Viracocha, que bajo la forma de un cóndor dominará el imperio tanto tiempo como el cóndor domine los Andes.

No quiero, sin embargo, esclavizar á mi pueblo eternamente.

Te dejo este talismán, con el cual un descendiente tuyo podrá matar al cóndor y restablecer mi verdadero culto y el imperio.

Pero para que se cumpla esta profecía es necesario que el que la haya de ejecutar se conserve puro, y después de cumplida se case con una mujer pura de la sangre de los Incas y llamada como la mujer del imperio: Mama-Oella."

Dicho esto desapareció, y me dejó en la mano la pluma azul que tú tienes en la tuya.

Cuando desperté, al día siguiente, me puse á examinar el talismán junto á una ventana del palacio; pero de repente llegó una ave pequeña y de precioso plumaje, y me lo arrebató de la mano, tendiendo el vuelo y desapareciendo.

Desde entonces se apoderó de mí una tristeza que me fué acabando poco á poco, hasta hacerme cerrar los ojos para el mundo de los vivos.

X.

"Mucho tiempo llevaba de descansar en este sitio, cuando se me acercó de nuevo Viracocha, y animando mis restos, como ahora, me dijo:

Ven á ver el resultado de tu crimen.

Y ví que el duodécimo Inca, Huaina Capac, mandaba fabricar una cadena de oro, de setecientos pies de largo, para celebrar el natalicio de su hijo al que llamó Huáscar (5) y cuya cadena era tan pesada que no la podían mover doscientos hombres.

Y me dijo Viracocha. "Esa cadena servirá para encender el odio entre los hijos de Huaina y esclavizar á este pueblo; pero también puede servir después su oro para conquistar su libertad.

Y ví que después Huaina tenía otro hijo al que puso por nombre Atabaliba, y que estos dos hijos se odiaban de muerte; y que por el norte aparecían unos hombres blancos, vestidos de hierro, que aprovechando la ocasión de estar en lucha Huáscar y Atabaliba se apoderaron del Imperio, mataron á los dos, y destruyeron la dinastía que fundó Manco Capac.

Después no ví más.

Marcha ahora á cumplir tu misión. El falso Viracocha es el Cóndor á quien heriste hace unos días y tiene su nido en la cumbre del Arequipa.—El talismán está en tu mano, y con él le has de matar. Pero cuida de conservarte puro hasta que hayas dado fin á tu empresa, porque de lo contrario perderás el amuleto, y si lo pierdes morirás y contigo el último Inca.

Ahí está la cadena mandada fabricar por Huaina Capac. Pesa más de cuatrocientos quintales del oro más fino del Perú. Cuando hayas cumplido la profecía, vuelve por ella y por el inmenso tesoro que en piedras preciosas se encierra en aquel arcón cuya llave te entrego, y con lo cual podrás redimir tu pueblo.

Vé, y que Viracocha te proteja."

XI.

Habían pasado muchos días desde que Huaina Amarú estuvo en el templo del Sol.

Las tribus indígenas de la cordillera de los Andes peruanos se reunían secretamente, almacenaban pertrechos de guerra, y, aunque á escondidas, todos los labios pronunciaban la palabra libertad.

Los Curacas alentaban á los indios, y ya se señalaba el día cercano en que un levantamiento general restaurase el antiguo imperio de los Incas.

Desde el nacimiento del Alto Amazonas hasta la fiera é independiente Araucanía se había extendido el espíritu de insurrección.

No faltaba más que una voz y un hombre: la voz de independencia, y el décimo tercio Inca.

XII.

Huyana Amarú había recorrido solo

(5) Que significa cadena.

y á pié todo el Perú, desde el Lago Titicaca, hasta Arequipa.

Había atravesado andando el Tun-guragua y el Ucayale; había cruzado pampas y escalado ventiqueros; había luchado con el jaguar y el puma; había matado la alpaca y la vicuña para sa-ciar su hambre.

Llegaba el término de su viage. Di-visaba ya la cumbre del volcán de Are-quipa, en donde había de matar al fal-so Viracocha disfrazado en figura de condor.

Llevaba siempre el talismán la plu-ma azul, sobre su corazón, y de vez en cuando examinaba la punta de oro re-luciente, aguzada como la más fina a-guja.

Huyana vela ya el fin de sus afanes, pensaba en su prometida Mama-Oella, una sonrisa de felicidad asomaba á sus labios, y daba gracias al Gran Viraco-cha por su protección.

XIII.

Empezó á escalar la falda del Are-quipa.

El día era caluroso. Parecía que la tierra se abrasaba. Cansado y anhe-lante de sed, Huyana Amarú llegó á un arroyuelo, cuyas cristalinas aguas sal-taban murmurando por entre peñas.

El lugar era delicioso: el follage de los árboles interceptaba los rayos del sol, y una suave frescura convidaba al reposo y la molicie.

Huyana bebió en el arroyo y después se tendió sobre la fresca yerba.

No tardó mucho en quedarse dormido.

Después, el movimiento de las ramas indicó que alguien se acercaba y apare-ió una doncella, blanca como la nieve, de cabellos de color de oro y ojos de color de cielo.

Una trasparente túnica blanca en-volvía y dejaba adivinar sus correctas formas.

Avanzó hacia Huyana, se sentó jun-to á él; le levantó suavemente la cabe-za y la colocó con cuidado en sus ro-dillas.

Huyana continuaba profundamente dormido.

La mujer le miró con amor, y le besó con pasión en ambos ojos.

Entonces despertó Huyana y se que-dó extático. Nunca había visto mujer tan divina.

—¿Quién eres? le preguntó Huyana; ¿eres acaso la Luna, la esposa del gran Viracocha que bajas á velar mi sueño?

—No, le contestó la mujer: soy el alma de tu alma, el amor de tus amores, soy tu prometida, soy tu tentación.

Huyana tembló. Algo funesto pasó por su alma. Palideció ante aquella mujer, alargó sus brazos, la estrechó en ellos y posó sus labios en los suyos.

La mujer lo atrajo á sí, enlazó con sus brazos la cabeza de Huyana, aproxi-mó al suyo su rostro, y, desfallecida y anhelante reclinó su frente alabastrina en el hombro robusto del indio.

XIV.

Había oscurecido.

Grandes retumbos se oían en el inte-rior del volcán. La tierra se sacudía y trepidaba. Los árboles chocaban sus copas con siniestro rumor. Un ligero vapor envolvía el vértice del cono. De cuando en cuando un cárdeno relámpa-go cruzaba la atmósfera.

Huyana prosiguió su camino; pero no ya valeroso y fuerte como antes, sino indeciso, débil y pálido.

Sin embargo; llevaba consigo el her-moso talismán y confiaba en él. Sólo que el azul de la pluma se había vuelto verdoso y la afilada punta se había tor-cido.

Pero Huyana no reparó en ello.

Continuó ascendiendo. La tierra tem-blaba más y más bajo sus piés. Los re-tumbos eran cada vez más fuertes; el calor sofocante, y gruesas gotas de agua caliente empezaban á caer y á humede-cer la frente de Huyana.

De pronto, una sombra inmensa se interpuso entre él y el cielo. Era el enorme condor, que descendió hasta po-nerse sobre una gran piedra como de seis piés de altura.

Los ojos del ave brillaban con luz fosforescente. Abrió el pico y comen-zó á gritar; pero sus gritos los entendía Huyana. Decían así:

“Acércate, Huyana Amarú, examina esta piedra en que estoy acentado: es la misma que desde Cuzco trajo sobre sus hombros Pachacuti el noveno Inca del Perú.

Esta piedra simboliza la maldición de tu raza, y junto á ella debe morir el último Inca de pura sangre India y ese Inca eres tú.

Esa mujer que has tenido en tus brazos dará á luz un hijo, mestizo de sangre europea y sangre de Inca, y ese hijo simbolizará una nueva era, un nuevo imperio: el imperio de la civilización que se extenderá desde el cabo de Hornos al río Colorado del Norte y dominará en América tanto tiempo como el condor domine los Andes.

Tú estás maldito como tu raza, porque como ella has sido impuro. El talismán que tienes en la mano es ya inútil, y nada puede contra mí."

Concluyendo estas palabras, dió el condor un enorme salto, se posó sobre los hombros de Huyana, y de un picotazo en la cabeza le hendió el cráneo.

En la convulsión de la agonía, Huyana clavó la pluma azul en el costado del condor, el cual lanzó un horrible grito y se elevó en los aires.

Huyana cayó muerto junto á la enorme piedra. El condor se sacó la pluma azul con su acerado pico, y la arrojó al aire, que la arrebató en un momento y la hizo desaparecer. Luego se elevó á más altura y llegando á la cima del volcán se posó en el suelo arrojando un enorme chorro de sangre.

En aquel instante se sintió un formidable trueno, tembló la tierra como si quisiese desgajarse por todas partes, y una inmensa columna de humo se elevó en el espacio hasta una altura prodigiosa.

Torrentes de lava ardiendo flanquearon la montaña incendiándolo todo. El Arequipa empezaba una formidable erupción.

XV.

Al día siguiente una hermosa y joven india llegaba al sitio donde el día anterior estuvo Huyana con la mujer blanca.

Esta india era Mama-Oella.

Se inclinó sobre el arroyo y apagó su sed, pero al levantar la cabeza vió un objeto que arrastraba la corriente y que le llamó la atención.

Era la pluma azul, el precioso talismán del cual dependió la suerte del pueblo peruano.

Mama-Oella lo comprendió todo: Huyana había sido impuro, y había encontrado la muerte en donde buscaba el trono.

Entonces Mama-Oella lloró, y luego, desesperada, se clavó el talismán en el

pecho y cayó muerta en el mismo sitio en donde Huyana había pecado.

Poco después, la ardiente lava pasó por aquel sitio consumiendo los últimos restos del drama, y haciendo desaparecer para siempre el talismán de los Incas: LA PLUMA AZUL.

M. RIGUERO DE AGUILAR.

IMITACIÓN DEL ECLESIASTÉS.

Omnia vanitas.

La vida es vanidad de vanidades
Unas tras otras pasan las edades
Y nada nuevo ¡ay! vemos venir!
—Lo que hoy sucede sucedió otro día,
Lo que hacen hoy, há tiempo que se hacía
Lo que hoy se dice, ya se oyó decir.

Como el sol que hoy se apaga en el Poniente,
Para brillar mañana en el Oriente,
Y volver á apagarse y á brillar,
El curso así es del pensamiento humano;
Y mi lira, por eso, pulso en vano
Para un nuevo sonido modular.

Todos los ríos en la mar terminan
Y luego en forma de vapor caminan
Otra vez á su fuente, y á la mar
Tornan de nuevo; y de ésta hacia su origen,
Así cual antes fueron se dirigen,
Sin que nada los pueda desviar!

De las cosas pasadas no hay memoria;
Ni la habrá de la actual rápida historia
Para aquellas que vengan de hoy detrás!
Todo es difícil, todo é impotente
La voz, el idealismo de la mente
No alcanza á definir, cual lo es, jamás!

Casi nunca el perverso se corrige;
La necedad constante nos affige;
La verdad separamos del error
A costa de fatigas mil; la ciencia
Cultivamos; con ella la prudencia;
Pero nada nos libra del dolor.

Los grandes de la tierra hacen palacios
Y colman de oro y plata sus espacios,
Y en perpétuo festín viven allí;
Pero al cabo ¿qué alcanzan? El tormento
De un deleite excesivo! el sentimiento
De que todo es fugaz é incierto aquí!

Los sabios y los necios envejecen
De la misma manera ¡ay! y perecen
Cual si fuera uno mismo su valor!
Por eso me pregunto noche y día:
¿Por qué para lograr sabiduría
De la vida agotamos el ardor?

De todo hay tiempo: tiempo de amargura;
Y tiempo de placer y de dulzura;
Tiempo de siembra y tiempo de segar;
Tiempo de amor y tiempo de falsía;
Tiempo de llanto y tiempo de alegría;
Tiempo de ruina y tiempo de lucrar,

Tiempo de sangre y tiempo de clemencia;
Tiempo de rabia y tiempo de paciencia;
Tiempo de alzar y tiempo de abatir;
Tiempo de vela y tiempo de reposo;
Tiempo de luz y tiempo tenebroso;
Tiempo de ser y tiempo de morir!

Cumple lo que una vez has prometido;
Mejor es no ofrecer, que lo ofrecido
En su época fielmente no cumplir,
El avaro no se harta de dinero,
Y á vivir como él vive, yo prefiero
En pobre oscuridad siempre vivir.

Y muchas veces el que guarda oro
Guarda también un manantial de lloro,
Pues de ordinario en mal se torna el bien,
Y entre tanto que en paz duerme el obrero,
Víctima el rico del insomnio fiero
Eo vano inclina la orgullosa sien.

Es mejor un buen nombre que preciosos
Perfumes; oír los ayes dolorosos
Del huérfano, que el canto del festín.
Más vale que el soberbio, el que padece;
La censura que el docto nos ofrece,
Que el aplauso del necio vano y ruín!

Ay! la meditación es la agonía!
Que por ella sabemos cómo el día
Presente corre para no volver!
Oh! reprimir debemos nuestro orgullo;
Pues como de la flor se abre el capullo
Y se agosta, así pasa nuestro ser!

El corazón del sabio está en las penas,
Y el del necio no escucha las cadenas
En que gime el esclavo; que él no vé
El dolor de los otros; sus sentidos
Solo atraen los áureos coloridos:
—¿Y las sombras? las huella con su pié!

Todo, todo es incierto en lo futuro;
El inocente sufre y el impuro;

Como el bueno, así llora el pecador;
El destino terrestre es uno mismo
Para todos: vileza y heroísmo,
Ignorancia y sapiencia en el dolor!

No preguntes quién te hace el beneficio;
Quién arranca á tus carnes el cilicio;
No preguntes quién dice la verdad:
Que Dios se sirve á veces de un gusano
Para su pensamiento soberano
Trasmitir á la ciega humanidad!

No pretendas saber lo que otros dicen
De tí, porque sabrás cuanto maldicen
Los que más te adulaban, de tu honor!
No injuries á los otros en su ausencia;
Porque eso es imitar la impura ciencia
Del áspid que nos punza sin rumor.

Los placeres de hoy se ven más tarde
Cuando ya nuestra sangre apenas arde,
Cual de un sueño en vigilia la ansiedad,
Cual de una hoguera extinta los carbonés,
Cual de pasada orgía los salones
Sumergidos en honda soledad!

Su fin no sabe el hombre: solo sabe
Que así como en la red sucumbe el ave,
Y en anzuelo traidor sucumbe el pez,
Así en el tiempo malo, su cabeza
Doblegada será por la tristeza,
Al sentir la verdad de lo que és!

Al que te pida, dale, dale presto,
Al pobre, al vanidoso y al modesto,
A la víctima así como al savón,
A la mujer, al niño y al anciano,
A cuanto ser extienda á tí la mano:
A todos sin reserva ni excepción!

El corazón del sabio está en su diestra
Y el corazón del necio en su siniestra;
¿Y sin embargo ves? bajo dosel
La necesidad se ostenta muchas veces,
Y el sabio desde el borde hasta las heces
Apura el cáliz que colmó la hiel!

El que una fosa cava en ella cae!
El que piedras de un lado á otro trae,
Lastimado por ellas se verá;
Aquel que poda el árbol será herido;
Por reptil en las zarzas escondido
Picado el leñador se encontrará!

El más ágil no triunfa en la carrera;
El más fuerte no triunfa, cual lo espera,
En la lucha; dolencia y escasez
Son el pan de los sabios... por que todo

Lo que nace y se agita en este lodo
De un enigma profundo expresión es.

RAFAEL NUÑEZ.

JUPITER INDEGETA.

Los mitos del paganismo que con sus fábulas han oscurecido ó puesto en duda la existencia de hechos que en realidad se efectuaron, algo útil contienen á los ojos del curioso que osa escudriñar el pasado, ora consultando los papiros antiguos empolvados á manera del anticuario que en los musgosos restos de grietosos edificios, guarida de reptiles y morada en otro tiempo de opulentos magnates, que orgullosos escarnecieron tal vez con su dorada librea á los indigentes que se presentaran á molestar su insensata altivez, ora evocando los manes de hombres que hace centenares de siglos poblaron la tierra y de los que apenas un ligero recuerdo se conserva por tradición, ora removiendo los escombros de gigantes monumentos que mudamente cuentan y con sublime elocuencia responden é inspiran á los que los interrogan sobre su formación, tiempo de vida, de esplendor y auge. Tal como se inspiró ante las ruinas de "Tadmor" el genio que produjo "Las Ruinas de Palmira."

En los tiempos florecientes de Grecia y Roma, en que ambas naciones rivalizaban, celosas por su gloria y fama en las ciencias, en las artes y sobre todo en la guerra, la que desde aquel entonces "*su sangrienta historia está manchada con páginas de horror,*" como dice Bedmar, descuella un sin número de dioses, semidioses, genios y héroes, que despojados de todo lo fabuloso, algunos ofrecen á los modernos, dignos y edificantes ejemplos, que á la época que alcanza-

mos, es una rareza admitir y celebrar hechos de aquellos tiempos estoicos, á causa de que el moderno egoísmo se ensancha estrechando la virtud.

A la soberbia Roma y á las antiguas provincias helénicas, les somos deudores de gran suma de conocimientos en todos los ramos del saber humano. Sus pensadores y sus sabios, nos legaron un tesoro que ha servido como un motor para la dinámica del progreso, siendo por esto que se dice que la moderna civilización ha nacido de la antigua, aunque no perfecta como Pallas ó Minerva de la cabeza de Júpiter al golpe del martillo de Vulcano.

Empero, para mi objeto nada tengo que ver con la ciudad de los hijos de la loba, puesto que fué fundada mucho tiempo después de haber existido el personaje cuyas hazañas canta Virgilio; solo sí, con la sabia Grecia; y dejó á Roma para ocuparme de Troya á donde quiero llegar.

Troya, según los cronólogos fué destruida por los griegos 1193 años después de Jesu-Cristo, hallábase situada en el extenso territorio de Trvas ó Trvade, perteneciente al Asia Menor, que es una península que confina, por el Norte con el Euxino; al Occidente con el Egeo; al Sur con el Mediterráneo y al Este con Armenia, Mesopotamia y Siria. Hoy esa península, se llama Natoliá ó Anatalia en la Turquía Asiática.

Se dice que un sitio de diez años, en el cual tomaron parte todos los reyes de Grecia, puso fin á la existencia de esa célebre ciudad, cuyos recuerdos y glorias, han llegado hasta nosotros.

Durante este sitio tan ponderado por Homero, se distinguió un personaje que Publio Virgilio Maron, oriundo de Andes, pequeña aldea del campo de Mantua, sobre

el río Mincio en Lombardía, nacido el 15 de octubre en el año 6349 de la fundación de Roma y 70 años antes de Jesu-Cristo, nos da á conocer en su Eneida, narrando sus aventuras como Fenelón nos narra en su "Telémaco" las del hijo de Ulises, ocurridas en el Mediterráneo, Jónio y Egeo en busca del rey de los itacenses.

El personaje es Enéas, hijo de Anquises y Ciprís, uno de los príncipes que durante el sitio de Troya con ánimo esforzado y atlético, defendieron la ciudad contra la invasión griega. Por fin los troyanos tuvieron que sucumbir en fuerza del mayor número. Enéas viéndose á su patria perdida, piensa en salvar de las manos de los vencedores á los seres caros de su alma; su padre, su hijo, su esposa y sus lares.

Échase Enéas al hombro á su anciano padre Anquises, toma á su hijo Ascanio y á su esposa Creusa; y huye al monte de Ida en unión de los troyanos que pudo reunir. Al llegar á este monte, Enéas pierde á Creusa y no vuelve á saber más de ella: partiendo de este lugar con su escuadra, toca en Epiro, ciudad que existió en Grecia entre Tesalia, Acaya, Macedonia y el mar Jónico.

Deja al Epiro, visita las costas de Sicilia, donde murió su padre Anquises, atraviesa el Mediterráneo y después de haber experimentado muchos sufrimientos y penalidades, arriba á la ciudad de Cartago en el África.

(Continuará).

G. RAMÍREZ.

Sensuntepeque, octubre 23 de 1889.

AYER Y HOY.

I.

Joven, hermosa, rica, y festejada
Aun más que por amor, por interés,

Te preciabas, ayer, de afortunada
Al contemplar con plácida mirada
Cien galanes rendidos á tus pies.

Ay! Entonces mi mano repelías;
Me juzgabas muy pobre para tí;
Y en tanto que á los otros atendías,
Mis promesas y ruegos desoías,
Sin piedad alejándote de mí!

II.

Pobre, enfermiza, triste, y demacrada
Aun más que por la edad, por el dolor,
Hoy te miras de *aquellos* despreciada,
Sin que ninguno acuda á tu morada
A prestarte un consuelo por favor.

Ay! Ahora desdémanse de verte;
Conceptuante el sér más baladí;
Y en tanto que se ríen de tu suerte,
Sólo yo, sólo yo vengo á ofrecerte
Algo del bien que hallar no pude en tí!

DOROTEO FONSECA.

San Salvador, 1888.

MI AMOR.

Á ELLA.....

Este amor que tú me inspiras
Es un divino martirio.....
Yo quisiera en mi delirio
Darte un ósculo..... y morir!

VELARDE.

Es dulce emoción de un alma
Por quien nunca tú suspiras,
Eco de un pecho sin calma
Este amor que tú me inspiras.

Sufro por tí..... me desvelo,
Eres mi último delirio,
Este amor que te revelo.....
Es un divino martirio.

Mirarme en tus bellos ojos
Radiantes ¡ay! como Sirio;
Vivir ante tí de hinojos
Yo quisiera en mi delirio.

Y en mi delirio también
Después de tanto sentir

Quisiera mi amor, mi bien,
Darte un ósculo.....y morir!

X.

San Salvador: 1889.

NOTAS.

—“UN PROBLEMA LITERARIO que durante algunas generaciones ha sido objeto de grandes dudas, acaba de ser puesto en claro. El problema consistía en saber si “Las mil y una noches” eran realmente traducción de un manuscrito árabe, como afirmó Galland, ó una hábil falsificación de éste al estilo de las no menos famosas imposturas de Chat-terton, de Macpherson, el autor de los “Poemas de Ossian” y del célebre Mar-chena, cuyos pretendidos fragmentos de Petronio y de Cástulo tuvieron medio locos á los latinistas durante largo tiempo.

De todas estas obras la más leída es “Las mil y una noches” y por lo tanto su origen verdadero despertaba la mayor suma de interés. En el debate iniciado por los aficionados á esta suerte de investigaciones, quien suponía que el manuscrito árabe existió en efecto, pero que siendo incompleto, lo rellenó Galland, añadiendo once cuentos de su invención, entre los cuales se hallaban “Alí-Babá ó los cuarenta ladrones,” “El dormido despierto,” “Aladino ó la lámpara maravillosa,” “El príncipe Ahmet” y la “Peri Hanou,” “Las hermanas envidiosas,” es decir los más hermosos de la colección. Creían otros, y eran los más, que toda la obra había sido escrita por Galland, lo cual hacía tanto honor al genio inventivo del autor como á la audacia de su impostura literaria.

Hace algunos años un arabista descubrió en Breslau el original arábigo de “El dormido despierto” y luego se supo que en Grecia corre en el pueblo un cuento titulado “Historia de los dos hermanos y de los cuarenta y nueve dragones” que se parece muchísimo á “Alí-Babá.” Entonces admitió generalmente la teoría de que Galland recogió en los pueblos de Levante el origen de sus cuentos famosísimos, cimiento de su gloria literaria.

El encargado de los manuscritos o-

rientales de la Biblioteca Nacional de París, M. Hertmann Zotenberg, acaba de publicar en estos días un libro titulado “Histoire d’Ala Al-Din ou la Lampe Merveilleuse texte árabe avec une notice sur quelques manuscrits des Millet-une Nuits,” obra que resuelve definitivamente la cuestión del origen de los cuentos de Galland.

M. Hermann Zotenberg, no solo ha descubierto el texto arábigo de *Aladino*, sino también el diario que llevaba Galland, y en el cual dice con fecha 25 de marzo de 1709 que había trabado conocimiento con un tal Hanna maronita de Alepo, el cual Hanna le refirió entonces, y en fechas posteriores una porción de cuentos orientales, de los que Galland tomó extensos apuntes en su diario, y entre los cuales se hallan “Aladino,” “El ciego,” “Baba Abdallah,” “Alí-Babá,” “El caballo encantado,” “Las hermanas envidiosas,” “Ahmed” y la “Peri Hanou” y muchos otros. El maronita Hanna llevó su deferencia hasta escribir el texto árabe de *Aladino*, que es el que hoy publica M. Hermann Zotenberg.

La cuestión está resuelta. Galland dijo la verdad cuando afirmaba que los cuentos no eran suyos. Eran genuinamente orientales. Lo que aun no está averiguado es si fueron invención del maronita de Alepo ó si corrían vulgarmente por Oriente hace cerca de dos siglos.”

UN ESCRITOR FECUNDO.—El día 16 de octubre falleció en Madrid el fecundo escritor don Torcuato Tárrego y Mateos, que desde hace algunos años dirigió el periódico intitulado “El Popular.”

Dotado de laboriosidad incansable y fecundidad verdaderamente prodigiosa, el señor Tárrego deja unido su nombre á obras de verdadera importancia, como el “Gran viaje universal al rededor del mundo” que vió la luz en la *Correspondencia de España*, ocupando mil y tantos folletines: “El mundo por dentro, ó sea los grandes secretos de la humanidad,” “Historia de la última guerra de Oriente,” “El Pontificado,” y unas anotaciones críticas á la edición del “Quijote” publicada en 1888.

Como novelista, carácter acaso con el que se le conoce más, es autor de las o-

bras "La leyenda de los Reyes" "La cadena del destino", "El Monge Negro", "Ausencias causan olvidos", "El angel de la venganza", "A doce mil piés de altura", "Los esclavos del orgullo", "La monja emparedada", "El dedo de Dios", "Carlos IV el bondadoso", "El gran Capitán", "Bodas reales", "Los guardias amarillos", "El caballero del cuervo", "Sancho el bravo", "El barón de la noche", "El hijo del ladrón", "Las tres razas", "El doctor Celestinus", y otras muchas que prolongarían con exceso esta ligera noticia, consagrada al que acaba de desaparecer del mundo y fué siempre productor incansable en el ingrato oficio de las letras.

MISCELANEA.

En la sección correspondiente encontrarán nuestros lectores una glosa de un estimable consocio que por vez primera, y después de repetidas instancias de nuestra parte, publica sus modestos ensayos.

Habríamos deseado que el trabajo fuera autorizado con la firma del autor; pero nos ha sido imposible obtener su consentimiento, quizá temiendo, no á la crítica porque ésta enseña, sino más bien á la singular manera que hay entre nosotros para emitir juicios; pues ó elevamos hasta el delirio ó descendemos hasta la ruindad.

Correspondiéndonos las generales de ley, dejamos que nuestros lectores se formen el concepto que merezca la composición á que aludimos.

La inspirada poetisa doña Vicenta Laparra de la Cerda y el autor de "El Hombre de Bién," el renombrado literato don Juan Fermín Aycinena, han honrado las columnas de esta publicación con las magníficas producciones que se encuentran en el lugar respectivo.

No somos nosotros los llamados

á hacer el elogio de esos trabajos; ellos por sí solos se recomiendan y justifican una vez más, la merecida fama que sus autores gozan en el mundo literario.

"La Juventud Salvadoreña" dirige á la distinguida señora Laparra y al ilustrado señor Aycinena, la expresión de su más profundo agradecimiento por el envío de ambas poesías y por las frases de encomio con que se han servido favorecerla; esperando que no será ésta la última vez en que las delicadas armonías de tan brillantes ingenios, vengan á dar á sus humildes columnas tanto ornato y lucimiento.

El notable periodista señor don E. López Rivas nos ha favorecido con la colección completa de "El Zulia Ilustrado," magnífico periódico que deseáramos fuera entre nosotros debidamente conocido.

Agradecemos al señor López Rivas las demostraciones de aprecio con que nos distingue, y puntualmente irá al colega venezolano nuestro modesto cange.

"Del Natural"—Tal es el título de la obra que con atenta dedicataria, su autor el señor don Federico Gamboa, segundo secretario de la Legación de Méjico en Centro-América, ha tenido la amabilidad de obsequiar á la Redacción de este periódico.

Reservándonos para emitir oportunamente nuestra desautorizada opinión, damos al cumplido caballero señor Gamboa las más expresivas gracias por su cortés atención.